

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

MOMENTOS ÚNICOS CON MI FAMILIA

Biafra Legua Yujra

Mi nombre es Biafra Legua Yujra, y quiero contarles un cambio radical que tuve en estos tiempos de cuarentena. Desde el inicio, pude percibir que algo iba a cambiar en mi vida. Y fue así. Primeramente, pude pasar más tiempo con mis padres y llegar a percibir lo maravillosos que son. Por un lado, pasé más tiempo con mi padre debido a que su trabajo hacía que lo pueda ver pocos días, incluso solo por las noches, cuando apenas lograba escucharle decir: “Hijita, ya llegué, buenas noches”. Yo percibía que la comunicación padre e hija se iba desmoronando poco a poco y eso me ponía triste, día tras día. Sin embargo, gracias a la cuarentena, mi padre llegaba más seguido a casa y tanto mi madre como yo nos alegramos, porque tuvimos más días de alegría, siempre dando las gracias por permanecer juntos. Vimos diferentes películas, preparamos el almuerzo juntos, pude llegar a conversar con mi padre sobre cómo me sentía, cómo me iba en mis clases y en lo feliz que estaba de verlo. Por otro lado, pude apreciar que mi madre es única, ella se preocupa por mi bienestar; pero, además, me di cuenta de lo sola que se sentía cuando yo no estaba a su lado. Gracias a la cuarentena, puedo ayudar más a mi madre debido a que ella se dedica a la venta de artículos para la cocina; hago que ella use el mínimo de su fuerza porque sé lo cansada que está. Por esta razón, todos los días me levanto muy temprano mientras ella descansa para poder preparar el desayuno y realizar los deberes de la casa, para que cuando ella despierte vea que todo está en orden, y que no se preocupe y sacarle siempre una sonrisa. Finalmente, puedo decir que tengo unos padres admirables.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

EL ECO DE SU RISA

Giselle Barrett Montalvo

Ten la certeza de que es mejor estar en casa con la libertad de tu encierro, que durará poco tiempo, y poder desplazarte de un lugar a otro desde la cocina a tu habitación sin que dependas de nadie para hacerlo. Mañana me toca la “diálisis”, por lo que debo limitar todo lo que como y bebo. No puedo disfrutar más de las cosas que comía antes de que enfermara, ahora tengo restricción para hacerlo. No puedo salir a caminar aunque sea un rato sin tener que pensar en mi dolor o en lo cuidadosa que debo ser para no tapar mi fístula. Desearía poder disfrutar de un programa en la TV sin tener que preocuparme de cómo llegaré a mi consulta si no hay transporte para que facilite mi llegada al hospital. Desearía que mañana fuese mi última sesión porque sé que podría hacer más cosas con mi vida y no tener que estar postrada en cama todo el día. Es difícil no ser pesimista, y, ahora que lo pienso, el coronavirus puede evitarse, a comparación de mi estado. Mi vida depende de una máquina que lava mi sangre; si me falto a una sesión de hemodiálisis, mi situación podría agravarse haciendo más próximo el fin de mi existencia. ¡Caramba, no puedo darme el lujo de faltar!

Hay días en los que me siento fatal y otros, como hoy, tengo ganas de conquistar el mundo, porque, aunque sé que mi fin está cerca, cuando pase el virus, la mayoría volverá a su vida normal, volverá a sentir el olor de las flores o el sabor del chocolate, verá a sus nietos o hijos sonreír... y aunque esté encerrada en mi propio cuerpo (porque no puedo hacer nada), en mi mente soy libre.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

SONETO AL CORONAVIRUS

Ariel Armaza

En China surgieron nuestros problemas
Sobre las alas de un solo murciélago.
Y en la calle se lo comió un vago
Causando enfermedad a los sistemas.

Salud, economía, ecosistemas...
Será caro para el mundo este pago.
¿Quién respirará este momento aciago?
¿Quién podrá resolver nuestros dilemas?

De esta forma quedamos reclusos,
Nuestra esperanza es una cuarentena.
Nos encerramos bien abastecidos.

Aunque duden, nos consume la pena.
Para evitar quedarnos abatidos,
nos desquitaremos con la alacena.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

DESPERTÓ UN AMOR EN CUARENTENA

Andrea Cárdenas Rada

Ya llega la hora de mis clases, de impartir la docencia que tanto disfruto, de poder compartir conocimiento y, ¿por qué no decirlo?, hasta principios de ética, que tan poca importancia le dan en este último tiempo los colegas...

Entré al salón y debo admitir que verte en la primera banca llamó mi atención. Me recibiste con un saludo muy gentil y una sonrisa que me robó también una sonrisa. Ser representante de tu curso ya te hacía un líder, y, con el paso de los días, en las clases siempre destacabas por tu elegancia al vestir y por tu educación al recibirme en el aula. Pasaron los días. ¿Quién iba a saber que llegaría la pandemia del Covid 19? Por un momento, pensé que la atracción sería momentánea; pero mágicamente este tiempo de la cuarentena y la lejanía de nosotros permitió conocernos más, convirtiendo lo que sentíamos en un sentimiento tan intangible. No hacían ni falta las palabras, sino conocernos por un medio virtual, a través del chat y las llamadas –y alguna vez videollamadas–. Yo me idealizaba en tus abrazos; en nuestras charlas, encontraba el refugio que tanto anhelaba. Hasta ese momento no creía que un amor virtual se podría concretar y estoy aquí conociendo tus reacciones, escuchando el tono de tu voz y percibiendo tus estados de ánimo sin verte; incluso creo saber qué piensas o qué dirás al otro lado de la línea telefónica.

Estar pendiente de noticias de hasta cuándo duraría esta cuarentena se hacía casi una rutina; saber cuándo podría verte y que se hagan realidad todas las visualizaciones juntos que tuve todo este tiempo, no. Quizás esa forma de enamorarnos, sin vernos personalmente, fue el toque preciso para hacer de nuestra relación única, el verte, tan solo el escucharte...

Es así que puedo asegurar que una relación perdura aun en la distancia.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

REGRESAR A LA SEMILLA EN CUARENTENA

Boris Serrano Martínez

Si bien este estado de cuarentena ha interrumpido muchas cosas, también nos permite reencontrarnos con nosotros mismos y vivir lo que nunca deberíamos dejar de ser: la niñez.

Ese es mi caso: me reencontré con mi infancia. Imagínense a un tipo pasando los ocho lustros y algo más jugando a las “guerritas” con un par de chiquillos de prekínder y primero de primaria; un tipo que se vio obligado a dejar su zona de confort, porque su mala costumbre de no cocinar lo iba a matar de hambre.

Es una experiencia agotadora, pero alegre. Cansa, no mentalmente, sino físicamente. Lo es trepar un tobogán infantil (a buen resguardo del público), y que, por la crisis, se convirtió de uso exclusivo de los chiquillos y del entrometido tío (al que le chirriaban los huesos, en las subidas y bajadas); además, cargando un arsenal de todo tipo de armas plásticas; desde las manos gigantes de Hulk, hasta la espada láser de algún Jedi desubicado. Entrada la noche, y en las plataformas del armatoste, iluminados por la luz de la linterna del celular y con algunos bocaditos, nos contábamos historias infantiles que los niños, con su gran imaginación, hilaban, o que el tío balbuceaba, a las apuradas, para no quedar atrasado ante tanta creatividad. Por las mañanas, le echábamos un miniclásico, en el que, por supuesto, el “tigre” tenía que ganar (aunque perdíamos para mantener la paz) y donde los “celestes” (los pequeños) daban dura batalla, lastimando al viejo tío por su afición aurinegra. Lo fue también disfrutar en las noches de alguna serie infantil, muy actual, en la que el tío descubría a personajes que no tenían nada que ver con el viejo Bugs Bunny.

Reencontrarse con el ser infantil es volver a las raíces, como aquel “Viaje a la semilla” que hizo Alejo Carpentier.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

MI HISTORIA DE LA CUARENTENA

Ignacio Quisbert Tarquino

Mi historia es la siguiente: sé que son momentos difíciles desde que el coronavirus llegó a Bolivia. Si pudiera hacer que me vieran, a todos les haría una pregunta: ¿qué harían ustedes durante esta cuarentena? La respuesta sería que disfrutaríamos estar juntos en familia, aunque estemos separados. Lo que yo haría es jugar, ayudar, practicar y estudiar. Lo que les voy a decir es lo siguiente: que aprovechemos todo este tiempo para estar en familia y que respetemos las condiciones que nos dan. Y ahora quiero que me escuchen con los acontecimientos que voy a decir ahora: a todos los niños, que se laven las manos; que se desinfecten; que se tapen las manos cuando estornudan, o si “tuesten”. Y les digo estas recomendaciones para cuidar nuestra salud. Les diré ahora que, si todos juntos cumplimos la cuarentena, juntos venceremos al coronavirus porque una familia es el lazo más fuerte que hay en todo el mundo.

Mis recomendaciones serían las siguientes:

- Lavarnos las manos con frecuencia usando agua y jabón o un desinfectante de manos a base de alcohol.
- La higiene personal.
- Es importante desinfectarse.
- Es importante también desinfectar a nuestros animalitos.
- Quédate en casa lo máximo posible.
- Mantén el distanciamiento social.
- Llama si tienes síntomas.
- No tocar objetos que no estén desinfectados.
- No te toques los ojos, la nariz o la boca.
- Cuando tosas o estornudes, cúbrete la boca con el codo flexionado o con un pañuelo.
- Si tienes fiebre o tos y dificultad para respirar, solicita atención médica.
- Protejamos a nuestras familias y a quienes nos rodean.
- Hagamos caso a lo que indican nuestras autoridades, sin salir de casa.

Esa sería mi historia y lo que pasa con mi bella familia.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

INVISIBLES

Daniela Zambrana Arancibia

Cada viernes encuentro misterio. Es curioso observar a las personas desde la ventana, y luego caminar entre ellas, presurosas, presionadas y paranoicas, sosteniendo enormes bolsas de mercado, cubiertas de pies a cabeza, en cuyos ojos ya nada se encuentra. Nadie grita, y entre silencios rivalizamos un falso estado de sosiego. Bajo, y me pierdo entre el colérico mar de gente, camino entre puestos ambulantes y gritos del mercado.

De prisa la busco, de prisa la veo; es la caserita de cabello rizado y de labios rojos. La caserita de sonrisa amena y contagiosa, la que resalta entre el colérico mar de gente. Lo único que ofrece son masitas surtidas, entre empanadas, alfajores y queques como pequeños cubos, cortados con una precisión impresionante. No puedo sentir más que ternura y cierta familiaridad. ¿Será porque veo en su rostro la calidez de mi propia abuelita?

Se ha vuelto novedad contemplar a cualquiera que no tenga la mirada inquieta y el cuerpo ansioso. La caserita es ahora un tesoro, que, por añadidura, me regala el trabajo que hace con las manos. Como ella, encuentro a muchos más: a la caserita de las pastillas de vitamina C, que con el mejor cuidado del mundo empaqueta sus pastillas de un boliviano; el muchacho que vende manillas artesanales, de paciencia y habilidad inagotables; el caserito del chocolate para derretir que nunca olvida desearte una gran semana. Esas cosas que hacen con las manos, ese breve momento de intercambio no solo implica a la moneda sino también a las personas y su trabajo. Son personas que para mí no son invisibles, que no se pierden entre la multitud, que trabajan, que ríen y que sonrían. Anhelosa de encontrar más tesoros, más misterios, espero cada viernes para no dejarme hundir en el colérico mar de gente.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

¡POR FIN LUNES!

Israel Daza Colque

¡POR FIN LUNES! Ya tengo todo preparado. La lista con todo lo que tengo que comprar en el mercado, además del barbijo, el alcohol en gel y la mochila para poder traer los productos con mayor comodidad; aunque aún me cuesta saber qué tipo de carne o papa debo comprar para hacer un plato y que el choclo se lo cocina con algo de azúcar y no con sal. Aprendí mucho en estos días de cuarentena.

Y es que estaba preparado para muchos retos al aceptar una opción laboral en otra ciudad lejos de mi familia, una nueva experiencia; pero créanme, una pandemia, por favor, ¿a quién se le pasa por la mente, y más aún si esta vino después de tantos conflictos sociales por los que pasamos?

Hoy, a casi dos meses de aislamiento, con mayores habilidades de cocinero, de entrenador personal, de aficionado a la limpieza y dedicado al trabajo que conseguí, he aprendido a valorar tantas cosas que tenía, que ahora daría todo, tan solo por un día de la comida de mamá o de los consejos de papá.

Afortunadamente, en esta incursión, me topé con personas muy buenas que de alguna manera me ayudan; el prestarme una cocina o utensilios y una charla de quince minutos es suficiente para poder seguir en esta batalla con la incertidumbre. Sin embargo, cómo extraño el refrigerador; a falta de este, tuve que improvisar la preservación de los alimentos en un cooler, lo que ha hecho que también adquiriera la habilidad de calcular qué alimentos cocinar antes de que se echen a perder.

En fin, sé que todos estamos pasando por la ansiedad y la preocupación de no saber cómo terminará esto; pero no se pierde la esperanza, todo estará mejor y seguiremos adelante.

Bueno, los dejo, que ya pasaron varios minutos y debo correr a hacer la compras antes de que comience la restricción.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

COMPAÑEROS DE CUARENTENA

Paola Quispe Quispe

En este tiempo, que ni sé cuántos días han pasado, me internalicé en reencontrarme después de estar en una vida caótica y sin tiempo; entre el trabajo, la universidad, la familia, los proyectos propios. Además de vivir en La Paz, ciudad que despierta con ojeras, ahora entre las más calmadas, sin trancaderas ni impuntualidad.

Descubrí mis dos grandes compañeros de cuarentena: uno, curioso, inerte, pero con Palabra de vida; otro, un poco salvaje, peludo. El primero está guardado en una esquina de mi repisa, empolvado, con la imagen de un hombre con barba y una aureola que me llama con su mirada. Pasar por su lado hacía que los latidos de mi corazón latieran y quisieran tocarlo, abrir sus páginas, revisar palabra por palabra. El día que me digné de voluntad, lo abrí en versículos que hablaban de paz, luz, vida y verdad. Con sed de conocer más, me dispuse a revisarlo y encontré un papel en forma de corazón con unas palabras de mi puño y letra: una oración. Me llené de llanto. Decía: “Muéstrame, ¿cuál es tu voluntad? Padre, Maestro y Guía”. Me tocó el corazón y me llegó al espíritu. Después de aquel día me sentí con luz, vida, fuerza y una sonrisa que continúa hasta hoy.

Mi segundo compañero está todo greñudo, tiene garras y es tierno como un peluche. De nombre Tom, es un gatito que nos regalaron enfermo y que casi muere por una pelea. Se encontraba lesionado de una pata trasera. No tenía ánimo y se quedaba tirado en el sofá; ni comía. Todos los días tuve que cantarle, mimarlo, darle leche. Después de dos semanas, se recuperó por un remedio de repollo. Aún está en recuperación el felino de bellos ojos negros.

Curiosamente, ambos se hacen compañía al lado derecho de mi escritorio.

HISTORIAS DE LA CUARENTENA

CRÓNICA DE UN ENCIERRO

Freddy Céspedes Butrón

23:36: Llevo 25 días de “encierro”. Así le llamo yo a esta situación que me ha mandado el Universo. Con veintitantos años, me doy cuenta de que estoy recostado y estancado. Quiero bailar y transformarme. No culpo a Radiohead ni a Kiyomi Tatoki por incitarme a tan violento acto contra mi cuerpo. Pero me detengo en mi híper espacio, volteo al lado izquierdo de mi cadena y cuestiono a los cigarrillos. Son de esos modernos y mentolados que te dan estilo. “Pero, ¿cuál estilo!”, me pregunto, si no veo en semanas a algún contemporáneo al cual demostrarle mi “propio estilo”, ese, tan propio como el fuego, que no tiene memoria ni rumbo.

23:39: De repente, pienso que lo ideal es mostrarme a mí mismo que tengo un vicio. Me levanto decidido a fumar mi “último cigarrillo” y a bailar como si nadie estuviera mirando. Sorpresa. En este momento me siento perseguido, y la infografía que dejé botada hace exactamente un mes no deja de mirarme. Me mira fijamente y trata de evocar algo en mi mente. Definitivamente no quiere recordarme que desde enero he pospuesto mi visita a la óptica, con el motivo de cambiar los cristales de esos lentes que quieren ser gafas de sol, pero al parecer no lo serán, hasta nuevo aviso.

23:43: El recuerdo llega mientras la ceniza del vicio cae al suelo. María y yo ni siquiera nos damos el lujo de parpadear. Suspiro, ya llega el final de la última canción y me doy cuenta de que no he bailado ni un poco. Además, reconozco que se ha vuelto un hábito sentir y hacer lo mismo todas las noches. Desde que solamente puedo salir una vez a la semana en esta interminable situación, estoy conociendo una versión de mí que no esperaba ser.